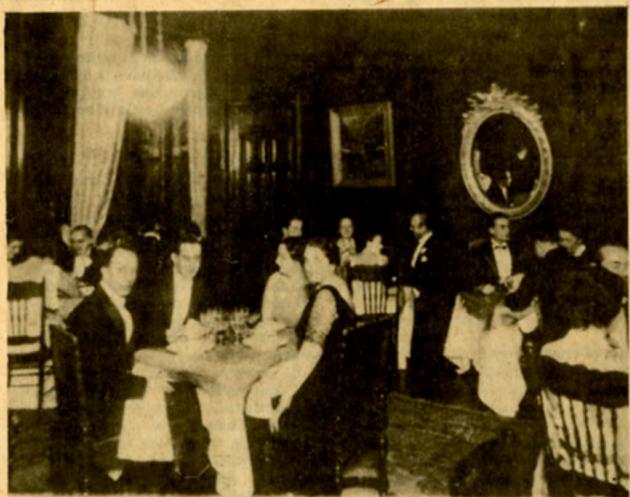


Aquellas
costumbres...

¡El que peca y reza, empata!



disfraces, llamadas anónimas; galletas rellenas con algodón, o fruta amarga; pavos con cloroformo, cubiertos con succulentas salsas, que resucitaban en el momento de ser partidos... Estas costumbres van desapareciendo, quizá porque ahora, todos "chupamos por inocentes", a causa de tanto vivo que anda suelto.

Girardot—

LA PACHANGA

Escapaditas a Sajonia y Medialuna y a los clubes Campestre y Unión. Pasteles de Gloria donde don Cipriano; carne de res, baños y caballos en El Jordan. Sabaletas del Rio Medellín en el estadero de Benedito, personaje de gran habilidad para el negocio: aprovechaba la siesta del borrachito para sumarle botellas vacías a la mesa y, en el momento de hacer cuentas aplicaba un sistema propio de contabilidad: "0.50 de las cervezas y 0.30 de las sabaletas, son 1.50; o sea, el señor me debe 2 por lo tanto me paga 2.30... Ah, Benedito, si dejó parientes que le heredaron sus cualidades financieras.

ENLUTADOS

Pero si un motivo religioso era esencia de las fiestas, "un paso al mas allá", a escuchar arpa en una poltrona del cielo, o a aguantar candela, en el infierno, sumía a las familias de los muertos en lutos rigurosísimos. Ceremonias en latín, coronas (no ramos) de flores, entierros de tres, dos o un cura, según fueran de primera, segunda o tercera categoría; carrozas de caballos, novenería; pantalones, faldas, mantillas, uniformes y hasta medias negras —"como brujos"—, durante 4 años por el esposo o el padre, 2 por un hermano; padres con ornamentos negros. Ataid negro sobre una mesa con telas negras; llanto a todo volumen, y hasta planchadoras, en los entierros. Eran numerosas las visitas de pésame. En las casas se cerraban las ventanas y se cubrían las lámparas con gasas y monos negros, y en los meses siguientes se cancelaba cualquier posibilidad de recreación. Los parientes madrugaban a una misa de 4 ó 5, con el fin de no ser vistos "andaregueando" y, algunos vendían, incluso, el gramófono o la pianola, como señal de duelo. Con el tiempo, se usaba luto aliviado: cintillas negras y corbatas y blusas grises... Ya ni se recordaba el ritual que en siglos anteriores acompañaba el velorio de un niño: al pequeño se le pegaban alas, y los adultos bailaban guabina.

En una ciudad pequeña que desconocía los serios problemas del transporte y la zozobra de la inseguridad; en una comunidad que no necesitaba campañas tipo "siembre un árbol", la recreación era más sencilla. Mujeres de vestido largo, moño y balacá u hombres de chaleco y flor en la solapa, se divertían paseando en barca en el Bosque de la Independencia; los más arrebolados, bailando porro y "bolero en un ladrillo".

Trayectos en "totes", carros brincoños que se alquilaban en La Playa con Girardot, o en coches con capota, por Carabobo. Poesía, canto y pianola, en una tarde hogareña. Paseos a Rionegro, Bolombolo, El Picacho, El Limón, El Cucaracho (Robledo), Boquerón, Puerto Berrio y La Pintada. Y, gran programa: travesía en barco de vapor con orquesta y buen trago— por el Rio Magdalena, entre Puerto Berrio y

CON V...

No existía temor por la sombra de "Paticas", cazador de esclavos fugados, en el siglo pasado... pero se experimentaba el miedo al que dirían y al pecado, con mucha intensidad. Hoy, cuando para ingresar a una discoteca se necesita linterna y para pasear por El Bosque revolver; cuando la televisión invade el más enlutado de los hogares, la semana santa es sinónimo de días de campo y las amas de casa aspiran a conseguir los buñuelos enlatados, muchas historias parecen producto de la fantasía... Pero aún se recuerdan los tiempos de la "compostura".

Tiempos que comenzaban desde los primeros años de vida, y en los cuales hasta los buenos modales y la ortografía "peleaban"...
"Con V escribense válvula, vaca, veterano, el que sigue, vitriolo, vegetando, valor vacilar..."
(y el que sigue era verraco)

Por Margarita Restrepo Santa María

Inolvidables, para muchos, resultan las celebraciones de la Semana Santa que se vivieron en el pasado. La presencia de los montañeros de camisa blanca, pantalón negro y ruana, con palmas traídas del oriente antioqueño, en la fiesta del domingo de Ramos. Las telas moradas que cubrían, hasta la Resurrección, a los santos de las iglesias. Las procesiones que salían con Jesús, de San Benito, y con la Virgen, de la casa de don Ramón Córdoba; la de La Soledad; la del Santo Sepulcro, por Boyacá, al son de redobles, y del canto de las Estaciones de Vidal.

... "Por mi Señor inclinas el cuello a la sentenciación, que a tanto la clemencia pudo llegar Dios..." Procesiones, algunas con la presencia de las Hijas de María (a juzgar por la edad de las damas, dijo alguien, debían ser del primer matrimonio); semanas santas acompañadas de pólvora para dar convidar, la vaca-loca, un animal fabricado con madera, costales, trapos, y con cachos, que tiraba voladores; "castillos" y muñecos de Judas, rellenos de explosivos. Estreño riguroso para el Jueves Santo. Predilección por las ceremonias del Laboratorio de los Pies y el Sermón de las Siete Palabras y por la visita a los monumentos que era, además de un ritual religioso, una oportunidad para sacar a los abuelos a pasear y para encontrarse con los pretendientes... Por la Semana Santa, algunos señores prestantes ponían bolones de oro a sus casas; en ciertos ritos las niñas regaban flores en el suelo... los más impulsivos mentaban en voz baja la madre a los sayones que chuzaban a Cristo... y los borrachitos aprovechaban la resurrección para brindar con un trago.

...El que peca y reza, empata... También inolvidables, para otros, son las noches de bohemia y el encuentro con las chicas de Guayaquil y Lovaina. Sus escapadas a "El colegio". La generosa Enoe, "La Polla", una fea mujer que se llenaba de gracia con la ayuda de un sombrero cordobés, unas castañuelas y una pandereta. "La Pipiola", inspiradora del bambuco "Muchachita Parrandera". La Titi... La Carecaballo... La Manchada. Aún en los barrios de vida nocturna se respiraba cierto afecto y solidaridad que fueron, luego, desapareciendo... Y quizá, por ello, muchos pasaban "de las fugas de Bach, a las fugadas de los bajos fondos"...

UN "CANTINAZO"
Guayaquil, el primer lugar de Medellín donde se usó la minifalda. Su calle "de los tambores" (Bolívar), con cantinas, pianos o traganiqueles acompañados de tambores y baterías que tocaban los costeños. Bailarinas de rumba descalzas y soldados en franquicia: "El Cid", "EEl Arabe", "El Turquestán", "La Isla", "El Farazón", "El Ferrovionario", "La Bayadera", "El Viejo Paris", "El Polo" (única cantina que se conserva en el mismo sitio). El restaurante de don Ramón, la Hosteria de Don Alberto, Comedores como el de "Rosa la Peluda" (quien tenía bigote), famosa por sus sanchos y el de Doña Pepa, donde los

tiples de las serenatas se colgaban en clavos de la pared. Tamales y aguardiente en el café del Capitán López. "No entrometerse", ley en "El Hércules". Yuca Hervida con salsa, frente al Teatro Granada. Y una noche muy "trascendentalista" en el de Pachó, situado en medio de dos funerarias. Más distinguidos eran, el Café de Los Moras, en Colombia con Ayacucho; y el Café La Bastilla (Junín con La Playa), sede de tertulia para los intelectuales; Tomás Carrasquilla, Ciro Mendía, Tulio González, Gabriel Latorre, Efe Gómez, Otto de Greiff, León de Greiff, Francisco "Quico" Villa, Ricardo Rendón y Tomás Márquez. Y, en medio de una noche de farra, algunos paraban en la inspección de Calibio acusados de haber dado un "cantinazo" o un "choferazo"—es decir, de no haber pagado un trago o una carrera de taxi...

En la capital de Antioquia, departamento "conservador" y "tradicionalista", se observaban por un lado las prácticas religiosas; por el otro, las distracciones "frívolas" del espíritu. Pero en ese entonces existía el recato y se creía en el arrepentimiento. Desde la niñez se inculcaba la conciencia del pecado y la gran misericordia de Dios para con aquel que, después de caer, se levantaba. Se tenía temor a las llamas del infierno y a la censura de la sociedad.

PIROPOS

Que dicha ser bizco para verte dos veces... La Virgen será más millagrosa pero no más linda... Quitese el sombrero que ahí va el Santísimo...

Si pa' vela a usted se necesitan lentes ahumados... Cómo hizo pa que San José no la viera cuando se salió... Pareces salida de la espuma del mar... Hay Jesús dame una Jesusa... Bendita tu madre que se citó contigo en la clínica... Un acento romántico o religioso marcaba los piropos que las mujeres escuchaban a su paso, y no con demasiada frecuencia... Con un piropo se buscaba halagar y agradecer. Sin embargo, hacia el segundo decenio del siglo, en la capital española, el alcalde les llegó a prohibir "bajo multa de 50 pesetas por vez y piropo"... y eso que no conoció la degeneración de esa costumbre en nuestro medio, porque lo que generalmente se escucha en las calles de Medellín, hoy por hoy, por lo general no agrada ni halaga; fastidia u ofende, por lo tanto no es piropo... y unos años atrás el autor se hubiera ganado hasta un golpe de una niñera

MUNDOS

Festivos, supersticiosos, religiosos tradicionalistas. En Medellín convivían mundos diferentes. El de los culebreros que vendían ungüentos, almanaques con fechas propicias para ganar una partida de dados y la vara de Moisés en frasco...; al lado de los temores a la mala suerte al pasar debajo de una escalera, quebrar un espejo, encontrar un perro o una chapola negra. De una parte el Ratón Pérez cambiaba por plata los dientes de leche que los niños dejaban bajo la almohada; de otra, el Niño Jesús, ponía en diciembre un regalo en el mismo lugar, si los pequeños tenían un buen comporta-

miento.

Se salía de tomar cerveza de sifón a rezar el rosario; y de la misa dominical de 10, a la retreta. Por 2 centavos en casa de los salesianos se recibía algo de catequesis, cine (por capítulos semanales), banano, naranaja, un poco de chicha de maíz o cáscara de piña... y hasta un balón para jugar un buen rato.

PAVO RESUCITADO

No se habían inventado los días del padre, la madre, el maestro, la secretaria... y hablar de establecer el de la suegra habría desencadenado una protesta pública. Las fechas de celebración tenían mucho que ver con hechos religiosos. El día de difuntos era fijo el programa de ir a poner flores al cementerio. En la Navidad eran reglamentarias las "jornaitas"—novena del 16 al 24— y los villancicos; excursiones para buscar el musgo, el 14 y el 15; petición de aguinaldo el 16, y gran entusiasmo por la armada del pesebre. Naturalmente, no podían faltar las viandas; natilla de maíz pelado, coco y canela; buñuelos que se freían en grandes pailas de cobre, acompañados con miel de caña; dulces de cáscara de naranja, cidra o limón; hojuelas, guarapo o chicha que se preparaba en tinajas y bastante espeso, al parecer... Yo comencé a lanzar alaridos y pasé, tal vez media hora, sin recibir ningún socorro. Hasta que alguien dijo: ahí está... Se armó la pelotera, parece que hubo conferencias acerca de la manera como me podían rescatar.

Por fin echaron un lazo para que yo me lo pasara por debajo de los brazos y me fueron "jalando". No sé si hubo varios desmayados, no por el accidente, sino por la falta de un grato perfume... Me lavaron con poncherazos, haciendo alejar a toda la gente porque me quitaron la ropa y me envolvieron en una sábana, hasta las

¡En la profunda olla!

Anécdotas, anécdotas, anécdotas, anécdotas...

"Lo que me pasó a mí fue una de las cosas más trágicas que le ha pasado a mortal alguno. Fue mi mamá a Girardota, con buena parte de la familia, a cumplir una promesa al Señor Caído. Llegando el momento, yo busqué sanitario, encontré un cajón y me fui a sentar. Pero no calculé bien el diametro y me fui a las profundidades más desconocidas del mundo. Cai siguiendo la posición en que me había colocado. Afortunadamente no hubo huesos quebrados, era un piso en extremo blando y bastante espeso, al parecer... Yo comencé a lanzar alaridos y pasé, tal vez media hora, sin recibir ningún socorro. Hasta que alguien dijo: ahí está... Se armó la pelotera, parece que hubo conferencias acerca de la manera como me podían rescatar.

Por fin echaron un lazo para que yo me lo pasara por debajo de los brazos y me fueron "jalando". No sé si hubo varios desmayados, no por el accidente, sino por la falta de un grato perfume... Me lavaron con poncherazos, haciendo alejar a toda la gente porque me quitaron la ropa y me envolvieron en una sábana, hasta las

3 de la tarde que mi ropa estaba limpia, seca, y aparentemente sin mayor olor... porque la habían resqueado mucho... Si esas cosas traumatizaran yo estaría totalmente en la olla".

XXXXXXXXXX

"Cuentan de un médico muy distinguido que tenía su farmacia en Guayaquil, manejaba unos emisarios que esperaban a la gente que llegaba de cualquier población, a la estación del ferrocarril. Ellos se le acercaban a las personas que veían con mala cara y les decían: hombre usted está enfermo, ¿qué tiene?... "No, este hígado que me tiene loco". Los emisarios le recomendaban un especialista, (recibían, luego comisión), y cuando llegaban a donde él, haciendo una seña (por ejemplo tocándose el estómago a la altura del hígado), lo presentaban. El médico lo miraba y le decía: hombre, usted está muy mal del hígado... y el tipo quedaba perplejo por el diagnóstico."

Todos eramos lombricientos en ese tiempo. Nos purgaban con leche de híguerón. Para que el médico viera el

resultado, uno iba al excusado y contaba con un palito las lombrices: 200, 300, 1.000. Era un tratamiento que no podía uno comer sal en tres días. Las gentes de hoy conocen purgantes señoriteros".

XXXXXXXXXX

"Yo compré una moto en el año 30. No creo que hubiera 20 en la ciudad. La mía era propiedad de un tuberculoso, que en esa época era un mal terrible. Por la quebrada Zúñiga me tocó ver que quemaron una casa, donde murió un tuberculoso... Yo, con el fin de resguardarme de eso, le saqué a la moto toda la gasolina y el aceite, le eché alcohol y le prendí un fósforo, para que el basilato pasara a mejor vida. Teníamos un grupito de motociclistas que se llamaba La Escuadrilla de la Aurora, porque madrugábamos a las 3 ó 4 de la mañana, los sábados, a pasear. Tener moto no era "caché", pero por la facilidad de movilización, era ventajoso desde el punto de vista de la "pelada de la pupila". En pocos minutos, se podía echarle el cuento a una dama y recorrer un trecho más o menos largo, para echarle el mismo cuento a otra..."

